

CECILIA VALDÉS URRUTIA

“Cuando empiezo un trabajo, intento imaginar algo que no conozco y algo que quisiera ver. Una ilusión. Algo donde quisiera entrar y pensar, permitir a mi cabeza encontrarse con mi cuerpo nuevamente, permitirme al tiempo romper algo al interior de mí. Cuestionarme: ¿Qué somos hoy como sociedad? ¿Qué hemos construido? ¿Qué hemos destruido?”, reflexiona el artista Enrique Ramírez (41 años) con “Artes y Letras”. Y lo hace desde su casa y estudio que se ubican en Lens, al norte de Francia, a pasos de la sede del Louvre en esa ciudad.

“Me instalé aquí buscando algo más de naturaleza, de espacio y silencio”, nos cuenta. Llegó en 2006 a estudiar un magister en el Centro de Estudios de Arte Contemporáneo, luego de formarse en cine y en música en Chile. Y se quedó en Francia.

En 2013 ganó el Premio al Talento Joven del Palais de Tokio, en Francia; el Premio Loop en Barcelona; el Premio honorario en video en Sao Paulo, y en 2017 fue invitado por la curadora de Venecia a exhibir en la exposición principal de esa gravitante biennial de arte. Sorprendió a muchos. Hoy sigue asombrando: es uno de los cuatro nominados al Premio Duchamp, que se elige mañana en París. El importante premio se otorga a la trayectoria de un artista que tenga relación con Francia, y es organizado por el Museo Pompidou junto a Adfai, la Asociación de artistas internacionales del arte francés, integrada por críticos de arte, curadores, historiadores y coleccionistas. Y entre sus ganadores se cuentan artistas tan renombrados como el suizo Thomas Hirschhorn, en 2002; Tatiana Truve, en 2007; o Eric Baudelaire en 2019. Este año, los nominados, junto al autor chileno, son la francesa Alice Anderson, Kapwani Kiwanga de Canadá o Hicham Berrada, de Marruecos. Todos, a su vez —con la misma modalidad del premio Turner— están exhibiendo en el Pompidou.

Enrique Ramírez expone nueve obras nuevas en un conjunto en el que integra el cine, el video y la instalación, y con una narrativa poética que no le teme a la belleza. Pero invita a reflexionar sobre temas vinculados con la memoria, la historia, el viaje y, en particular, relacionados con el ser humano.

“Incertezas” en el Pompidou

Sus películas y videos —que le toman meses y años de viajes y trabajo— han dado vida a proyectos como el premio “Los durmientes”, que exhibió en el Palais de Tokio. En el Pompidou tiene hasta enero del 2021 una exposición en donde el mar es el protagonista.

Hijo de un fabricante de velas artesanales que hacía con moldes, como un sastre, Ramírez se crió junto al mar de Chile. Y lo transformó en su principal imagen de su lenguaje visual, como esos botes que cruzan el mar, las cruces que flotan o quienes nadan, se lanzan al mar o buyen en medio de travesías precarias. También captura imágenes plácidas, como aquellos que contemplan bajo la sombra un atardecer marino, pero con nubes que parecen evocar quizá hasta bombardeos. Es autor de “Océano”, un proyecto integrado por 56 videos.

“La monumental instalación ‘Incertezas’ —que exhibe en el Pompidou— es como un muro que contiene muchas cosas. Y cuando pienso en ello, imagino los miles de inmigrantes que quedan en el mar y se enfrentan con un desierto y un mar de preguntas, y las respuestas son ‘Nada’. Recuerdo también quién soy”.

—¿Qué buscó con el filme “Un hombre sin imagen”, que expone?

“No quise hacer un filme, sino un lugar, una obra para pensar, para pensarle, para pensarnos”.



“Un hombre sin imagen”, filme que interna en “Incertezas” y que expone en el Museo Pompidou junto a ocho obras más entre videos, instalaciones y objetos.

ENTREVISTA | Creador que sobresale en la escena internacional

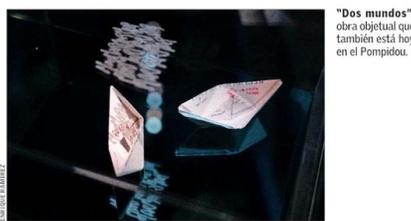
ENRIQUE RAMÍREZ:

“Quise hacer una obra para pensar y pensarnos”

“¿Qué somos hoy como sociedad? ¿Qué hemos destruido?”, se interroga el artista visual chileno nominado al relevante Premio Duchamp a la trayectoria, que se dirime mañana, en Francia. Ramírez es autor de filmes e instalaciones que invitan a un viaje exterior e interior. Exhibe actualmente en el Pompidou.



“Los durmientes” es uno de sus grandes proyectos filmicos y sobre la historia reciente en Chile. Usando su narrativa poética, lo expuso en el Palais de Tokio, en París.



“Dos mundos”, obra digital que también está hoy en el Pompidou.



Enrique Ramírez (41 años) se quedó a vivir en Francia en 2006. Y con una trayectoria asombrosa, hoy es candidato al Duchamp, el que han ganado artistas como Thomas Hirschhorn.

—¿Cómo se planteó el desarrollo estético de ello, en el que flotan y se mueven con cadencia objetos y un individuo en plena oscuridad?

“En este filme presento un mundo irreal, una ficción. Hay un hombre que está al fondo del agua, en la noche, en algún lugar del mundo. Ese lugar puede ser un vientre materno o estar ubicado al medio del océano. Eso es lo que me interesa del trabajo: la incerteza. La vela está también presente como un personaje más que se une en el agua o puede ser como un cordón umbilical”.

—¿Su formación en cine y música lo marcan?

“Forman parte de cada momento de mi vida. Constituyen la manera en que pienso y construyo absolutamente todo. Ahora estoy trabajando con música más ligada a lo sonoro”.

—Pero ese filme y otros tienen un tiempo bastante lento, diverso al del cine.

“El tiempo es el tiempo que el espectador necesita para pensar. El arte tiene esa lentitud necesaria que no encontramos en nuestro cotidiano, y el público se encuentra en esos tiempos más extensos con las grandes preguntas, que son, en el fondo, las esenciales. El tiempo es también donde el arte se transforma en un acto de resistencia, la cultura que resiste, el mundo que resiste. Y es una invitación a preguntarse: ¿qué hacemos para cambiar la realidad?”

“El filme muestra una imagen libre y llena de belleza, pero violenta al mismo tiempo. Tengo la impresión de que el arte está muchas veces muy alejado de la cotidianidad y se ha vuelto un objeto de consumo, que miramos de lejos sin tocar. La música quizás tiene esa virtud, de existir en el espacio, de ser intocable, pero es más presente que una obra que podemos ver y tocar. Pienso en una obra que tuviera una voz de alguna forma, sin siquiera verla, y que no fuera el artista o el museo que le da esa vida”.

—¿El viaje geográfico e interior es esencial en su planteamiento estético y conceptual?

“Siempre está la vela y cada elemento representa un viaje, una cartografía, pero también representa una forma de pensar y de perderse. Hay una serie de obras que apelan a esa visión, incluso la escenografía que hice en el Museo Pompidou como un triángulo”.

Belleza: poética de la reparación

—Su arte es muy cercano también a la poesía. Se habla de incursiones poéticas en las diásporas contemporáneas. ¿Cuál es su mirada?

“Mi trabajo está muy basado en la poesía. Creo profundamente en el poder de ella, en algo así que llamaría una ‘poética de la reparación’. Cuando se ingresa a la exposición en el Pompidou lo

primero que se ve es una frase en neón que dice: ‘El futuro no deja de repetirse, inseparable del pasado’.

—Y la belleza en sus imágenes sobresale. ¿Qué significa en su obra en tiempos que es mirada con desdén, por varios, dentro del arte contemporáneo?

“Es difícil pensar en belleza, porque es muy abstracta, pero no tengo miedo en intentar conquistar al espectador dándole la posibilidad de que estar en un lugar haciéndolo sentir cómodo para quizás hablarle de cuestiones incómodas. Vivimos en un mundo sobrecargado de imágenes, y justamente las más importantes ya no las miramos, parecen resbalan en nuestra mirada, en nuestro diario vivir. Es ahí donde la poesía tiene un rol poderoso e importante, es una poética de la reparación”.

—Sus trabajos son también de largo aliento y dificultad, como “Ocean”, que le implicó 24 días de travesía en el Mar del Sur y 52 filmes

“Si Aunque ‘Ocean’ fue un proyecto diferente: implicó un trabajo documental. Las dificultades son distintas ahora. Expongo en un museo nacional como es el Pompidou, que tiene una enorme cantidad de gente que ingresa allí y que no necesariamente viene a mirar mi trabajo. Ahí está la dificultad: cómo invitar al espectador y darle información sin decirle todo. Cómo construir una obra que hable del mundo pero también de esa persona”.

—¿El ser humano es su gran protagonista?

“La instalación ‘Incertezas’ parte con una mujer amantando a su hijo y detrás del muro (donde está instalada esa imagen) nos encontramos con una proyección 20 veces más grande que sigue hablando del ser humano. Está el ser humano hundiéndose, el ser humano buscando protección, el ser humano solo”.

—Y un ser humano, me refiero a usted, ¿en qué nuevos proyectos está?

“Tengo una exposición en Montreal y preparo otra individual en colaboración con la Fundación Pinault (de la cual gané el premio), en Le Fresnoy. Voy a hacer un gran viaje de trabajo con un barco científico, aún no sabemos la fecha, por las costas de Chile”.

—Y si ganara el Premio Duchamp, ¿qué significaría?

“Es un poco como el Premio Turner en Inglaterra, pero este es en Francia y celebra ahora 20 años de vida. Es un reconocimiento a mi trabajo, a mi carrera, y también una puerta que se abre, pues se lo darían a un chileno con los pies en Francia. Me siento muy honrado de estar nominado y exponiendo en el Museo Pompidou de París. Eso para mí ya es el premio, lo demás es un regalo”.

—Y si ganara el Premio Duchamp, ¿qué significaría?

“Es un poco como el Premio Turner en Inglaterra, pero este es en Francia y celebra ahora 20 años de vida. Es un reconocimiento a mi trabajo, a mi carrera, y también una puerta que se abre, pues se lo darían a un chileno con los pies en Francia. Me siento muy honrado de estar nominado y exponiendo en el Museo Pompidou de París. Eso para mí ya es el premio, lo demás es un regalo”.

“El último hombre”, de Murnau:

Emoción puesta en frío

ERNESTO AYALA

Son extraños tiempos para los que amamos el cine. Por un lado, nunca había sido tan fácil acceder a películas canónicas, a las obras esenciales e incluso menores de un determinado director. Hasta hace poco, ver las películas de Keaton, Cocteau, Hawks o Kenia significaba sumergirse en un oscuro ciclo de algún centro cultural, aprovechar algún viaje a Nueva York o Europa para tener la suerte de ver algo en pantalla grande o realizar complicados encargos internacionales para conseguir algunos DVD. Hoy, buena parte de su trabajo está al alcance de la mano a través de YouTube o de otras vías de internet. Lo paradójico es que el cine, como producto cultural, importa cada vez menos. El contemporáneo está atomizado —ya nadie ve las mismas películas— y el clásico se clasifica como antigua. Párrafo hablando de Douglas Sirk es, una absoluta excentricidad. Discutir sobre series resulta mucho más factible, pero, como

es fácil darse cuenta, las conversaciones rara vez van más allá de recomendar esta sobre aquella. El consumo audiovisual está claramente inclinado a su veta evasiva, que siempre ha existido.

Es de esperar que se trate de momentos, de moda.

Como consuelo para los excentricos, están las películas. En YouTube circulan, por ejemplo, en copias restauradas, impecables, buena parte de las películas de Friedrich Wilhelm Murnau: no solo las conocidas “Nosferatu” (1922), “Fausto” (1926) y “Amanecer” (1927), sino también, entre otras, “El último hombre” (1924), un gran éxito en la República de Weimar y cinta que le valió a Murnau la invitación a filmar en California, donde al cabo de algunos años, en 1931, murió en un accidente automovilístico, con apenas 42 años de edad. Berlín era entonces el centro cultural de Europa,

y Weimar, al menos entre 1919 y 1928, la sede mundial de la vanguardia cinematográfica. “El último hombre”, protagonizada por un entonces celebradísimo Emil Jannings, relata como el portero del lujoso hotel Atlantic, con un espléndido uniforme de botones dorados, es relegado, por viejo, a trabajar en los baños.

Entre sus muchos recursos, como el dramático de la luz, las sutiles distorsiones en perspectiva o el omitir casi todo uso de letreros con diálogos, Murnau busca una deliberada tensión entre una puesta en escena de gran dinamismo, con movimientos de cámara pioneros y audaces

—sin los cuales es difícil concebir después el cine de Welles o Hitchcock—, y un protagonista que se ve cada vez más



La película muestra al portero de un hotel relegado, por viejo, a trabajar en los baños.

constreñido, físicamente inmovilizado, por el patetismo de su situación o, para ser más preciso, por el patetismo con que percibe y evalúa su situación. Despojado de su uniforme y sus estatus, el viejo se muestra progresivamente derrotado, achacado, enfermo, mientras el mundo a

Crítica de cine

su alrededor bulle en movimiento, lujos y despilfarro. De la mano de Jannings, Murnau exagera tanto el patetismo del viejo portero que, como bien diría después Eric Rohmer, provoca la “indescrutable timidez que siempre frena nuestra simpatía por el sufrimiento moral cuando ese sufrimiento altera visiblemente la apariencia del sujeto”. Duro como suena, el efecto es buscado: entender al portero, comprender la frágil situación en que queda la propia dignidad cuando la vejez se junta con la pobreza, y al mismo tiempo, evitar que la ola de emociones posibles, propias de lo narrado, nos cause el más mínimo confort. Rohmer lo dijo con precisión: “Nombrar un trabajo, novela, pintura o filme que haya más deliberadamente despreciado expresar nuestros corazones, al tiempo que utiliza el poder de los más tangibles efectos emocionales”. Hoy puede nombrarse: un año después de publicado el texto de Rohmer, Vittorio De Sica usó un mecanismo no muy distinto en “Umberto D” (1952).